

www.elboomeran.com

Sergi Pàmies


Canciones de amor y de lluvia

Versión del autor



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Títulos de las ediciones originales:
Cançons d'amor i de pluja
Quaderns Crema
Barcelona, 2013

La traducción de esta obra ha contado con una subvención
del  **institut**
ramon llull
Lengua y cultura catalanas

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: © Yue Minjun Studio

Primera edición: febrero 2014

© Sergi Pàmies, 2013

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2014
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9773-9
Depósito Legal: B. 90-2014

Printed in Spain

Reinbook Imprès, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla
08750 Molins de Rei

Las mejores cartas de amor las escriben
los que no están enamorados.

SANTIAGO RUSIÑOL,
Máximas y malos pensamientos

NUEVA YORK, 1994
(NOTAS PARA UN CUENTO)

Hemos comprado comida india para llevar. En las paredes del restaurante hay fotografías del propietario del local junto a Robert de Niro, Richard Pryor y Bruce Willis. Sospecho que existe una empresa que comercializa este tipo de fotografías, probablemente trucadas. El conserje polaco del edificio donde vivimos –una amiga de Sílvia nos ha dejado su apartamento durante unos días– nos mira con recelo cada vez que entramos o salimos, especialmente a mí (es imposible que nadie pueda desconfiar de Sílvia).

Hace semanas que intentamos engendrar un hijo. Calculamos los días de máxima fertilidad, las fases de la luna, la temperatura basal y las ventajas de determinadas posturas. Hacemos el amor con una disciplina atlética, mecanizados por la trascenden-

cia del objetivo. Por la mañana escucho una emisora de radio hispana. Me fascina la locuacidad de los locutores y la información del tráfico: conectan con una reportera que, en helicóptero, sobrevuela los accesos a la ciudad. Sospecho que, al igual que las fotografías del restaurante, el helicóptero también es falso.

Desayunamos en un café griego. Habíamos acordado ir cada mañana a un lugar distinto, pero como el primer día a Sílvia le gustó mucho el camarero —se miran con una apetencia recíproca, reforzada por el crepitar de los huevos y del tocino sobre la plancha—, lo hemos convertido en un ritual. Esta noche cenaremos en casa de Siri Hustvedt y Paul Auster. No he querido pensar en ello hasta ahora porque estaba convencido de que, en el último momento, el encuentro se anularía. Sílvia es la editora de Hustvedt en español y hace unas horas han hablado por teléfono para ponerse de acuerdo y ultimar detalles. Como ellos viven en Brooklyn y nosotros estamos en Manhattan, nos han recomendado llamar a una compañía de taxis privados. Me he pasado la tarde fingiendo una calma que no tengo y revisando las vías de acceso a Brooklyn.

Ayer sufrí una bajada de tensión o una subida de azúcar –aún no distingo los síntomas de cada cosa– mientras almorzábamos en un restaurante frecuentado por mafiosos. No llegué al segundo plato: salí taquicárdico perdido. Ahora me doy cuenta de que todo este nerviosismo tiene que ver con la inminencia de la cena. ¿Cómo debo comportarme si no sé lo bastante inglés ni para intervenir en la conversación ni para seguirla? ¿Y cómo volveremos de Brooklyn? ¿A qué hora? Sílvia y Siri se conocen y tienen intereses comunes, ¿pero qué haré yo si Paul Auster –¡Paul Auster!– se dirige a mí? Y lo más importante: ¿de verdad podemos confiar en que el taxista no nos matará?

Mi estado nervioso se ha ido agravando, primero en el taxi –como he caído en una espiral de histeria, hemos acabado llamando a los Auster para que nos recomienden una compañía de confianza; deben de haber pensado que somos idiotas–, y después en Brooklyn, adonde hemos llegado mucho antes de la hora prevista. Para no ser inoportunos, hemos paseado por Park Slope y Sílvia me ha propuesto identificar, entre la gente, a un posible hijo de Auster. A veces lo hacemos: buscamos parecidos razonables entre los peatones. Se trata de un juego inofensivo que, al igual que la litera-

tura, reconvierte las especulaciones en creatividad y me aleja de esta hipocondría de la tragedia (hay quien exagera enfermedades inexistentes; yo sufro por catástrofes que sólo son reales en mi imaginación).

Sentados en un café —buscamos el aire acondicionado para escapar del bochorno—, contamos hasta cinco hipotéticos austers júniors. Finalmente, nos presentamos en la casa de nuestros anfitriones, Sílvia con la sonrisa que mejor la define y una botella de vino; yo, empapado en sudor y con una bola de nervios en el estómago. Valoro el privilegio de cenar con dos escritores a los que admiro, pero también soy consciente de que eso no resuelve mis atrofias de sociabilidad, ni la incertidumbre sobre la hora de regreso, ni saber si el taxista será o no un asesino.

A los que no son sufridores patológicos quizá les costará entenderlo: se trata de un trastorno que no tiene que ver con la realidad sino con la ficción. Acompañas a alguien hasta su casa porque sospechas que los taxistas son psicópatas que suelen destripar a sus clientes. Cuando llegas, sin embargo, te das cuenta de que, ya puestos, mejor acompañarlo has-

ta el ascensor, o hasta la puerta, y aunque durante unos minutos crees que ya puedes quedarte tranquilo (ya tienes lo que querías: has visto cómo entraba en casa, cómo cerraba con doble vuelta), no puedes evitar llamarlo más tarde para preguntarle si todo va bien (nunca se sabe: podría haber un psicópata escondido en el interior). Eso, multiplicado por todas las personas que frecuentas, resulta extenuante. Por eso he aprendido a establecer cierto autocontrol (anoto el número de licencia de los taxistas en vez de acompañar a todo el mundo a todas partes) y a aplicar una jerarquía de sufrimientos que a veces —como esta noche— no funciona.

Hay parquet, luz y un perro recogido de la calle, tan hospitalario como nuestros anfitriones. Se comportan con una naturalidad que se agradece, sin dejar de atender las cuestiones domésticas. Nos presentan a su hija pequeña y a su hijo adolescente (que no se parece a ninguno de nuestros austers juniors), que saldrán a cenar a una pizzería para que nosotros podamos estar «más tranquilos». La casa está decorada con una equilibrada voluntad de orden, calidez, buen gusto y comodidad. Salimos al jardín, con moscas rotundas, de Brooklyn. Mi inglés es tan defectuoso que, durante la cena, me mantengo callado, escucho y sonrío, cazando

frases al vuelo que, probablemente, interpreto mal. Como Auster también habla francés, tiene la deferencia de cambiar de idioma, pero no sé lo que es peor: si sufrir por no entender nada o sufrir por no saber qué decir. Él se debe de dar cuenta de ello porque, a medida que pasan los minutos, se muestra cada vez más cordial.

Auster enciende puritos holandeses y habla de cosas interesantes, como del rodaje de *Smoke* y, en estos días, de *Blue in the face*, su primera experiencia como cineasta. Se le notan la energía y el entusiasmo propios de los momentos creativos: cuenta anécdotas de William Hurt –Siri y Sílvia ponen los ojos en blanco: deduzco que Hurt es como un camarero griego pero elevado a la máxima potencia–, de la bondad y de los problemas matrimoniales de Harvey Keitel, de la generosidad de Wayne Wang. Yo, mientras tanto, sigo sudando y especulando sobre si, en el momento de asesinarnos, el taxista utilizará una pistola o un machete.

Devoramos una ensalada de ingredientes deliciosos pero no identificados, un filete de atún y helado Häagen Dazs de vainilla. La conversación se alarga y, de manera precaria, consigo contener la bola de

nervios. Auster, constato, es la personificación del carisma y de la cordialidad. Hustvedt, en cambio, quizá porque no entiendo casi nada de lo que dice, parece más tensa (el azulísimo color de sus ojos se oscurece con nubes repentinas de cansancio, que atribuyo a nuestra presencia –mejor dicho: a la mía–). Cuando, por lógica protocolaria, parecería que ha llegado el momento de marcharnos, Auster nos sorprende preguntándonos: «¿Os apetecería ver el material de *Blue in the face* que hemos rodado hasta ahora?»

El privilegio de estar cerca del escritor admirado (y de admirarlo todavía más precisamente porque se comporta de un modo que invita a no idolatrarlo), de escucharlo, de compartir anécdotas y vino, de asustar a las mismas moscas, de inspirar el tabaco que él espira, de tener la oportunidad de ver juntos un trabajo inédito, nada de eso es suficiente para evitar que, con una convicción suicida, yo responda con un rotundo no. «No», repito. Es una respuesta tan maleducada que Sílvia se ve obligada a rescatarme y, en un tono de voz que da a entender que no he dicho lo que sí acabo de decir, me corrige: «Sería estupendo.»